

la vida cotidiana y también del mar, donde los diques que protegen la entrada de los puertos pesqueros son ahora grandes bloques uniformes de cemento: «Tan blandos, lisos y pulidos, parecen terrones de azúcar lamidos por el mar». ¿Será por eso por lo que el viajero Julio Llamazares «lo único que busca al caminar por la calzada es la belleza pura y dura de la piedra»?

El anhelo de belleza los conduce a determinados escenarios, que pueden ser producto del artificio o misteriosa obra de la Naturaleza. Desde el Romanticismo, son incontables los viajeros a quienes hallamos atrapados en el diálogo con la Naturaleza, incluso en las más humildes manifestaciones de ésta pero muy especialmente cuando se revela en sus dos estados extremos: el virginal o salvaje, cuando todavía no ha sido moldeada, engrandecida o corrompida por la mano del hombre y éste siente ante ella asombro y fascinación, temor y temblor e incluso terror; y el estado antiguo o labrado, cuando la naturaleza no sólo ha sido trabajada por el hombre sino también consumida por la presencia de éste, atrayéndole entonces «la pervivencia de una unión que, a pesar de ser corrupta, a pesar de estar repleta de discordias, ha sabido resguardar el secreto de nuestras señas de identidad», escribe Rafael Argullol en *Territorio del nómada*. Fueron muchos los que así sintieron y por ello voy a ceñirme ahora a un único viajero que abiertamente se declara *peregrino de la belleza y del ideal*. Hablo de don Miguel de Unamuno.

... durante el verano y en las siempre breves vacaciones de que durante el curso puedo gozar, salgo a hacer repuesto de paisaje, a almacenar en mi magín y en mi corazón visiones de llanura, de sierra o de marina, para irme luego de ellas nutriendo en mi retiro. Así como también llevo al campo el recuerdo de las espléndidas visiones de esta dorada ciudad de Salamanca [...] traigo el campo a la ciudad.

Tal declaraba Unamuno en 1911, en un texto –«Ciudad, campo, paisajes y recuerdos»– que puede considerarse como verdadero manifiesto–programa del viajero en tanto que excursionista o peregrino de la belleza que una y otra vez –incluso ya en su cincuentena– emprende pequeños viajes o excursiones a puntos concretos de nuestra geografía, parajes naturales de Castilla, Extremadura, Portugal, Aragón, Mallorca, Canarias, Galicia,

Cantabria, La Mancha o el País Vasco, dado que para este infatigable caminante no hay paisaje feo –según sostiene en más de una ocasión–, en parte porque no admite ponerle puertas ni etiquetas a la belleza y en parte porque se enfrentará a lo nuevo con una mirada desprejuiciada y aniñada.

Motivos estéticos, sensuales, cordiales, intelectivos o simplemente físicos lo llevan de aquí a allá. «Para recreo de los ojos y sugestión del corazón» le parece estar hecha la visión que se extiende ante él cuando en 1909 recorre el valle canario de Tejeda, dado el reposo que aquel paraje que parece carecer de materialidad tangible le proporciona. Y tras la subida a la cumbre del Teix, en Mallorca, comentará exaltado que «ascender a las cimas de las montañas, y más si son rocosas, es un placer que tiene tanto de sensual como de estético, es una voluptuosidad de la fatiga» y una experiencia de la que espera que con el tiempo le «brote en la fantasía la planta de la semilla que me dejó en ella el haber puesto el pie en la cumbre del Teix». Y es que para este impar viajero, tanto como «las sacudidas del cuerpo» que le deparan dichas salidas, cuentan las sacudidas del alma causadas por la novedad de las visiones, que le agitan y cansan incluso más que el ajetreo del caballo. Consuelo, descanso, limpieza o depuración y restauración de alma y cuerpo, el acopio de «aluviones de energía», además de las múltiples enseñanzas obtenidas, son otros de los motivos que le llevan a emprender esas excursiones cuya práctica, ya desde su juventud, le permite transformar la experiencia sentimental en sensitiva, el amar en querer, recuperando al par un estado también propio de la niñez: el impulso natural o la espontaneidad, que puede parecer intrascendente, pero que es condición de la libertad dado que «en estas ascensiones a la cumbres, en estas escapadas, se desnuda uno del *decorum*, de ese horrendo y estúpido *decorum*, y se pone uno el alma en mangas de camisa. [...]. El decoro es la seriedad de los que están vacíos por dentro. Y en estas correrías por campos y montes, ¡qué alivio, qué hondo sentimiento de libertad radical cuando dejando todo decoro se pone uno a hacer y a decir chiquilladas!», escribe en «De vuelta de la cumbre».

Ejercicios llama Unamuno a sus peregrinaciones. Ejercicios estéticos y espirituales. Una actividad constante del viajero será lanzarse a leer en el libro de la Naturaleza –, práctica que en el

destierro le salvará de caer en mayores negruras de las que le atezan y que puede explicar el amor que llegó a sentir por *su* Fuerteventura—, convencido como lo está de la importancia de educar el sentimiento de la Naturaleza, tarea ardua y difícil que llega a constituirse en designio permanente de un viajero al que el poema «The Excursion», de Wordsworth, le parece hermoso y purísimo, y viajero que en su infancia bilbaína experimenta una de sus primeras emociones románticas ante el panorama asombroso que se le reveló en los Caños, a la que deben sumarse otras de similar sentido, narradas en el capítulo «Rousseau en Itigorri», de *Mi vida y otros recuerdos personales*. «Estética montesina», un monodílogo de 1902, me parece otro de esos textos programáticos en que se cifra todo el sentido de este modo de viajar. El texto tiene un arranque más narrativo que ensayístico y en él relata una experiencia fundamental ocurrida cuando ya el monte le era familiar y mantenía con él amigable comunicación. La situación marco es bastante común y reiterada en los escritos unamunianos: el viajero sale al campo una tarde, se echa a dormir la siesta al pie de un mesto y durante el sueño tiene una revelación, por lo que se despierta «adoctrinado, preñado mi ánimo de vagas ideas que pedían luz, expresión y libertad». Todo el relato es el recuento de ese merodear ocioso —«Nada tenía que hacer; el tiempo era mío»— observando las mil formas vivas, animales y vegetales, de la Naturaleza, la gran variedad que reviste el deseo de vivir, observación que concluye en un canto a la Belleza como verdadero motor o impulso vital: «Me tendí cara arriba mirando al cielo y proseguí. De aquí la virtud liberadora de la belleza, de aquí, de su inutilidad, de su santa inutilidad, de que para nada ulterior y de fuera de ella sirve, de que no es en sí medio alguno para cosa alguna. No tiene *para qué* por ser ella misma su propio *para qué* [...]. La vida pura, la vida libre de todo lo que no es vida, la vida libre de la muerte que de continuo la acompaña, ¿no es acaso la belleza misma? ¿No es la belleza la eterna aspiración a la eternidad? ¿No es la eternización de la momentaneidad?». «Estética montesina» contiene claves importantes para entender la actitud del viajero unamuniano —excursionista alpino, o no—, al abordar los motivos y fines de estas excursiones que he calificado de ejercicios estéticos y espirituales porque Unamuno admite la máxima byroniana según la

cual «un paisaje es un estado de conciencia» –pero también, a la vez, un estado de conciencia es un paisaje– y aspira en sus escritos a convertir esa máxima en sello personal inconfundible, lo cual situará al escritor en el extremo opuesto de los pintoresquistas o descripcionistas:

El descripcionismo es un vicio en literatura y no son los más diestros y fieles en describir un paisaje los que mejor lo sienten, los que llegan a hacer del paisaje un estado de conciencia, según la feliz expresión de lord Byron. Este mismo lord Byron sintió el mar como nadie, y no necesitó largas y prolijas descripciones para comunicarnos su sentimiento. ¿Es que se ha dicho acaso sobre el mar nada más sugerente y profundo que la últimas estrofas del *Child Harold* y, sobre todo, aquellos tres versos de la estrofa 182 del canto IV y último?

*Unchangeable save to thy wild waves, play;
Time writes no wrinkle on thine azure brow—
Such as creation's dawn beheld, thou rollest now.*

Esto es: «Incambiable excepto al juego de tus salvajes olas; el tiempo no traza arrugas en tu frente azul; ruedas hoy tal como te vio el alba de la creación».

La unamuniana expresión paisajes del alma debe entenderse en el más hondo sentido espiritual porque ella traduce la convicción del viajero de que el paisaje vivido y sentido –y específicamente aquel en que «se amamantó nuestro espíritu cuando aún no hablaba»– nos acompaña hasta la muerte y «forma como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma». Y por ello, esta íntima comunión o lazo indisoluble afectará también al lenguaje y al carácter moral del ser. Las excursiones, por consiguiente, serán ejercicios estéticos y espirituales pero también políticos porque, al cabo, recorrer España de ese modo, conocerla así, desde las cumbres a sus entrañas, acabará siendo requisito o medio para la acción. Algo que no sólo se cumple en la Naturaleza. En su ensayo *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, Luciano Egido ha estudiado con detalle este espacio del viajero unamuniano, subrayando lo que las pequeñas ciudades provincianas ofrecían para el desarrollo de la personalidad por el ambiente y las condiciones de vida que presentaban, así como –y de modo muy particular en este caso– por el encanto o la atracción del claustro. Ahora bien, en ese conjunto (y esto no lo explicita Egido), Unamuno distinguía entre las poblaciones o ciudades que imantan la atención del curioso por